

La youtuber española, conocida como 'Soy una pringada', acumula en torno a 200.000 suscriptores en su canal de la red social de vídeos

'La pringada' de más éxito

esty quesada

EVA MILLET
Barcelona

UN DÍA, ABRIÓ UN CANAL DE YOUTUBE QUE, LITERALMENTE, LE SALVÓ LA VIDA. CON EL ALIAS 'SOY UNA PRINGADA', SE ESTÁ CONVIRTIENDO EN UN NUEVO FENÓMENO MEDIÁTICO

En YouTube están las influencers —mujeres etéreas, perfectamente peinadas y de vidas más bien anodinas—, y está Esty Quesada, cuya existencia, desde que abrió su canal de YouTube en el 2015, ha sido trepidante. Algo que no se esperaba esta vasca de 23 años cuando, bajo el sobrenombre de *Soy una pringada*, colgó su primer vídeo en esta plataforma digital. "Estaba con una depresión que me quería morir", cuenta en conversación telefónica. "Me pasaba el día en casa y se me ocurrió esto, en plan por probar". En su primer vídeo, sobre la serie *Ana y los Siete*, Esty no aparecía, solo se oía su inconfundible voz. Pero después se animó a salir: "Seguí subiendo más vídeos, porque me aburría, y lo que pasó fue que la gente me empezó a ver y...".

En unos meses, *Esty/Soy una pringada* empezó a acumular miles de seguidores, seducidos por su humor implacable y a los que saluda con un: "Hola, cachos de mierda". Un vídeo, *Carlota Corredera, gorda traicionera*, criticando la pérdida de peso de la presentadora, la hizo viral. La segunda entrega de la trilogía *Vídeos que odio*, donde analizaba el día a día de la *influencer* Laura Escanes, la consolidó como un revulsivo a la banalidad virtual.

Desde entonces, Quesada no ha parado. Primero, como azote de instagramers, youtubers e *it-girls* varias —que deben de temerla—. Pero también, como pinchadiscos, comentarista, actriz, guionista y, recientemente, escritora. Su primer libro, *Freak* (Ediciones Hidroavión), es una autobiografía descarnada, donde relata con valentía y soltura una infancia espantosa, en su Barakaldo natal. El infierno que supuso el colegio ("si en vez de ser una niña blanca en una clase de un barrio suburbano hubiese sido una niña judía en un campo de concentración, no habría notado la diferencia"); la muerte de su padre y el martirio de la soledad.

Esty fue una niña "gorda, muda y rara", que se refugió en la televisión, los libros y la música porque no tenía amigos. Con todas las papeletas, como explica: "Para cometer un suicidio infantil o un homicidio en masa, que es más fantasía". Afortunadamente, nada de esto sucedió. En parte, gracias a internet, que para ella "es una puerta para mostrar lo que soy y lo que hago". En internet también están "todas las pelis del mundo", que, junto a las canciones de The Smiths, son dos de sus pasiones. "Cuando veo una película, la veo de verdad: no me quedo en 'chica conoce a chico', sino que me fijo en los planos, en las metáforas, en el lenguaje cinematográfico, en los actores. En todo, vaya". El futuro lo ve vinculado al cine. De momento, va a toda mecha: no solo es una comentarista radiofónica, experta en sintetizar argumentos ("*Avatar* es como la revista *Jara y Sedal* con marines y bichos azules"), también ha debutado como actriz. Ha aparecido en *La llamada*, de Javier Ambrosi y Javier Calvo, y en *Amodio*, el anuncio de Campofrío de Isabel Coixet. Pronto estrenará *Soy una pringada*, la serie, en la plataforma Flooxer, que ha escrito, ha dirigido y protagoniza.

Nació en Barakaldo, tiene 23 años, ha escrito un libro, ha hecho películas y ahora tendrá una serie

Entre otros, se define como una "freak, una puta gorda, una mala persona, una rockstar y, ante todo, un error de Dios". Viéndola en YouTube o escuchándola en radio y televisión, cuesta creer que de niña apenas hablara: "Supongo que todo lo que tuve guardado durante años ha explotado", sintetiza. La fama la lleva "bien", aunque a veces está un poco harta de la gente: "Pero es que odio a la gente ya desde el primer momento de mi vida", matiza. En internet también hay mucho odio, coincide: "Porque desde el anonimato, matas hasta a tu abuela". Ella recalca que nunca se ha escondido y no le importa que la llamen abusona o *hater*: "Lo que pasa es que digo la verdad y a veces, la verdad duele...". Hoy Esty vive en Madrid, tiene trabajo, oportunidades, amigos y novio. ¿Ha dejado de ser una pringada? "No. Porque eso se lleva dentro", responde, rotunda.



crónicas peatonales

ARTURO SAN AGUSTÍN

Premios y nervios

La mirada del amigo y editor Joan Sala es la del cazador. Y la del también amigo y escritor Daniel Vázquez Sallés, que acaba de publicar la novela *Lena*, es la del asesino profesional. Lo digo porque, según Daniel, los hijos únicos somos los mejores asesinos profesionales. La mirada de Llucia Ramis es difícil de describir porque casi siempre la esconde con su risa. Observada de perfil y cuando está distraída, la mallorquina Ramis me recuerda a la pintora danesa Anna Ancher. Y también a una india apache.

Para que su permanente risa no despiste o equivoque al observador poco informado, a la autora de *Les Possessions*, reciente premio Anagrama de novela en catalán, hay que sorprenderla cuando está pensando que somos lo que hemos perdido. O cuando baja una escalera, que es donde habita cierto espíritu. O cuando camina sola por una calle de Gràcia, barrio que parece sentarle bien. Puedo imaginármela con un vaso de tequila en la mano, pero quizá su bebida más habitual sea la cerveza. Fue precisamente armada con una botella de cerveza y no de agua como se dispuso a escuchar a Valentín Roma, el presentador de su novela y persona que no se apea de su gorra aunque esté en la librería Taifa. Este hombre con gorra dijo ver tantas novelas y libros diferentes en *Les Possessions*, que yo perdí la cuenta y a punto estuve de caerme del pequeño taburete que ocupaba. Pero todos sabemos que un intelectual suele ser alguien que tarda diez horas o toda una vida en decir que un libro le gusta. Y luego, muchas veces, parece que se arrepienta de haber sido sincero.

Gràcia, el barrio actual de la Ramis, es como ella. O así me lo parece. Un barrio que es una mezcla de plazas llenas de niños gritadores, bicicletas con ideología, camareros tropicales, pintadas utópicas, tenderas autóctonas, herbolarios clásicos, jubilados con zapatillas deportivas, revolucionarios sin revolución, vermuts con berberechos y palillos, jóvenes mamás holandesas, lozanas estudiantes yanquis, feministas con botas, italianos al acecho y antiguas modelos nórdicas peinadas con gruesas trenzas blancas que fueron muy rubias. El sábado por la mañana, entre olores de cerveza y, ahora, estos días, también de calçots, es, quizá, cuando Gràcia demuestra que es un barrio que aún se puede salvar. Una de sus calles, muy transitada por la Ramis, es la de Verdi, demasiado estrecha para tantos restaurantes sirios, pero así son las modas. En la calle Verdi los repetidos sabores sirios se tutean con ciertas pretensiones o intelectualidades de cine. Y es en esa misma calle donde está la librería Taifa, que es, también, eso dice la Ramis, su otra casa.

Los libros no se cuentan, se compran. No seré, pues, yo quien les cuente el argumento de *Les Possessions*. Eso ya lo hizo muy bien el domingo el amigo Ignacio Orovio. Yo me limito a decir que la Ramis, siempre nerviosa y quizá tan apasionada como asegura, ya sabe que somos lo que hemos perdido. Y que se atreve a escribir lo que muchos colegas de su generación, los cuarentones, callan o ignoran. El problema de esta mujer, que quizá está enamorada del amor, es decir, de la literatura, es que los colegas no parecen escucharla cuando se pregunta a quién pertenecen las casas.

Tal vez la respuesta se encuentra en su novela.

llucia ramis

De perfil me recuerda a la pintora Anna Ancher. Y también a una india apache



XAVIER CERVERA

Llucia Ramis acaba de publicar *Les possessions*